

CHICAS

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

CHICAS

A mi amigo Alva, que nos jodió

Por aquellos días no tenía ni idea de que en el futuro iba a llevar una vida errática, desordenada y cuajada de conflictos amorosos.

Por aquellos días todos teníamos quince años o camino de cumplirlos. Todos: Fortu, Juan, Berto, Raúl y un servidor.

Por aquellos días estrenábamos el porvenir de un bachillerato con nuevas asignaturas y libros más gruesos e insondables.

Por aquellos días aún no había besado a una mujer; es decir, no la había besado como mandaban los cánones imperantes: lengua contra lengua y todo lo demás. De hecho, creo que ninguno de nosotros se había matriculado en tan noble y húmedo arte, aunque yo era de los pocos que reconocía esa lamentable carencia, abiertamente y sin ningún reparo. Huelga decir que acostarnos con una mujer o chavala ni siquiera formaba parte de nuestras poluciones más incontinentes o inconfesables.

Y es que algo estaba cambiando dentro de nosotros. La voz, por ejemplo; la voz se nos volvía más grave por momentos, y algún sonrojante gallo se intercalaba entre frase y frase; o la entrepierna, la entrepierna que ya empezaba a mostrarse muy revoltosa, y a la que teníamos que dedicar el tiempo y las atenciones que requería el comienzo de nuestro ¿vicio?, ¿pasatiempo?, (¿pasatiempo vicioso?) masturbatorio.

Algo ocurría también fuera de nosotros: soportábamos el calvario que suponía la inconveniente aparición de granos y espinillas en nuestros, hasta la fecha, cutis de porcelana; o la pelusilla de melocotón, más o menos oscura, que coronaba grotescamente nuestros labios superiores; con excepción de Fortu, quien en esto, como en muchas otras cosas, fue precursor en la cuadrilla. Porque Fortu poseía ya por aquel entonces la licencia para afeitarse el bigote y la prolongación de las patillas. Recuerdo que lo hizo por primera vez a la conclusión de octavo curso, por una promesa paterna: cinco o seis sobresalientes y otros tantos notables le dieron derecho al premio de un afeitado de espuma y cuchilla que se llevó de su cara no la pelusilla oscura y cuasi femenina de la mayoría sino, en el

caso de Fortu, unas atormentadoras cerdas azabaches.

En aquella época, las tardes de los fines de semana nos juntábamos en una sala de recreativos próxima a nuestro colegio, donde jugábamos unos reñidísimos partidos de fútbolín al tiempo que nos bebíamos, vía pajita, botellines de CocaCola. Después solíamos acercarnos hasta un parque no muy distante. Allí, sentados en un banco de madera, nuestras propinas enflaquecían paulatinamente por mor de pipas, chicles y otras chucherías de goma dulce adquiridas en una tienducha sita en el mismo parque mientras unos (entre ellos yo) hacían las gracias y otros (Fortu entre ellos) las reían.

Sin embargo, sentíamos en los estómagos una úlcera de melancolía que nos laceraba de tal modo que cuando masticábamos un chicle la fresa nos sabía ácida, la menta agria y la clorofila amarga.

Nos encontrábamos a disgusto con nosotros mismos porque suspirábamos por un quinteto de chicas. Necesitábamos conocer chicas a todo trance. Nos moríamos por relacionarnos con chicas que nos condujeran al sexo, a nuestro primer e ingenuo sexo.

A ese céntrico parque, muy concurrido por otros coetáneos nuestros, nos dirigíamos siempre con los mejores propósitos y dotes de ligoteo; pero en nuestro escrutinio ninguno descubría a su alrededor a nadie que colmase mínimamente nuestros obsesivos deseos de conquista. O se trataba de un grupo de chicas demasiado escaso, o demasiado numeroso (y no aceptábamos carabinas), o demasiado gordas, o demasiado feas, o demasiado niñas, tanto que el irónico de Berto decía: "Joder, si aún no han hecho la primera comunión".

Por aquel entonces no habíamos leído a Nabokov ni visto la película de Kubrick, pero no era necesario para que todos tuviésemos en mente, y así la buscásemos, la imagen de nuestra particular e imposible, parecía, Lolita.

Y es que el asunto era hartó complicado, porque ¿dónde nos íbamos a topar con cinco chicas, cinco exactamente, que se aviniesen a nuestras pretensiones y nosotros a las suyas? (Las nuestras, a esa edad, de lo más prosaicas y comunes: que no fuera un callo ni una estrecha, y, en lo posible, con grandes tetas.)

Así aguantamos varias semanas. Perseveramos en nuestra búsqueda inaplazable con la constancia de los sabuesos cualificados, con la fatalidad de los perdedores contumaces.

Durante los sucesivos fracasos de aquellas interminables tardes de fin de semana, el parque se convirtió en nuestro pajar, y nuestras anheladas

chicas en las agujas, agujas invisibles.

Invisibles pero no inexistentes, porque al fin las encontramos. Creo que dimos con ellas sólo gracias a una acérrima esperanza propia de la edad. ¡Y cinco agujas! Ni una más ni una menos. ¡Magníficas por lo demás! ¡Al gusto de todos y cada uno de nosotros!

Fue un templado sábado de invierno cuando hicieron su gloriosa aparición. Y para asegurarnos de que no soñábamos despiertos, nos pellizcamos unos a otros, nos dimos codazos, registramos la hora: las siete y siete minutos. No estábamos soñando.

Era la primera vez que las veíamos por aquel territorio, casi nuestro feudo, paseando por el parterre del parque. Y por un azar favorable se sentaron en un banco cercano al nuestro que, milagrosamente, nadie había ocupado aquella tarde.

Tras pasar con nota el primer e inquisitorial examen de nuestras exigentes miradas de lobo, nos sacudió una euforia de maníacos; después nos sacó de la misma una cuestión que todos nos hicimos a la par. ¿Y ahora qué, quién era el que ponía el cascabel a las cinco gatitas?

Sí, porque no podíamos obviar nuestra abrumadora y confesa bisoñez en las relaciones con el sexo opuesto, así como los agravantes de un colegio religioso y masculino y el difícil acceso al brebaje alcohólico con el que disfrazar nuestra asustadiza inseguridad del suficiente descaro y el necesario desparpajo para interpelar con garantías de éxito a aquellas cinco muchachas.

Se produjo entre nosotros una corta pero vociferante deliberación en la que pergeñamos un pequeño plan de acercamiento: acordamos que los histriones del grupo (Berto y yo) actuaríamos con el máximo tino y tiento en el previo y decisivo tanteo diciéndoles cualquier cosa, a ser posible algo divertido, ingenioso. Por aquel entonces teníamos el convencimiento de que el modo más eficiente de interesar a una mujer o a un grupo de chavalas como aquél, aparte del dinero, que no poseíamos, era contarles algo gracioso que les arrancara una sonrisa, y si era una desternillante carcajada, mejor todavía.

Así, los que hacíamos las gracias nos colocamos a la cabeza, flanqueados por Fortu y Raúl, quienes más y mejor nos las reían y también los recursos más valiosos en lo tocante a belleza. Atrás del todo quedó Juan, el más indolente y dócil de nosotros.

Avanzamos varios pasos, y en todos vacilábamos, todos eran una tentación para darnos la vuelta por temor a hacer un ridículo espantoso

ante aquellas cinco chicas, cinco.

Nos detuvimos al dar el sexto paso, ya plantados ante ellas. Primero nos observaron de arriba abajo, luego se miraron sorprendidas y acto seguido empezaron a sonreír. Nos quedamos al paio delante de ellas, mudos y literalmente cagados de miedo, con tanto lastre de torpeza como de buenas intenciones, y quizá les ofrecimos, sin querer, la equívoca semejanza de una avanzadilla de aviesos indios al asalto de un fuerte desguarnecido.

Sea como fuere, Berto, nuestro primer comediante, les soltó, casi a quemarropa:

-¿Qué pasa chicas?

Sin duda alguna, y hasta la fecha, es el "¿Qué pasa chicas?" más desafortunado que he oído jamás. Sonó como una cortísima ráfaga de ametralladora, tan rápido y nervioso lo dijo Berto. Pero ese *Quépasachicas* no las hirió, no. Les provocó una hilaridad cojonuda. Se tronchaban de la risa, las tías. La primera en toda la frente. En tres segundos nos miramos unos a otros cual corderos prestos a ser sacrificados, y al contemplar cómo se descojonaban, certificamos tristemente el más nefasto de nuestros auspicios: que esas cinco chicas, cinco, no se reían con nosotros, sino de nosotros, y delante de nuestras narices encima.

Después de la humillante incompetencia de Berto, y antes de que se consumara definitivamente nuestro naufragio, en cuanto vi que se serenaban un poquito y se atenuaba el estruendo de sus risas, me salió de no sé dónde la siguiente verdad incuestionable y desesperada (por aquel entonces dudaba yo de que una respetuosa sinceridad fuera lo más propicio a esgrimir ante una mujer):

-Lo cierto es que, aunque os riáis, nos gustaría un montón conoceros.

Al punto di en el centro de la diana, porque sus risas/sonrisas tomaron otro cariz. Eran alentadoras. Lo percibimos enseguida. Bravo por mí.

Por algo no las conocíamos ni tan siquiera de vista. Nos dijeron que era la primera vez que se adentraban en aquel parque. Todas tenían también catorce y quince años, pero sus abriles de mujer eran mucho más esplendorosos que los nuestros. Vivían en un barrio de la periferia, y se habían animado a abandonarlo en lo que para ellas suponía aventura y descubrimiento. Se habían subido a un autobús que las condujo al centro de la ciudad y allí habían merodeado alrededor de las tiendas de ropa, de las puertas de los bares y discotecas de moda.

Recuerdo que a la finalización de aquella magnífica tarde quedamos citados para el día siguiente. Recuerdo que las acompañamos

caballerosamente hasta su barrio; hicimos el trayecto a pie, demorándonos con frases de espurio romanticismo y juegucitos de rompecorazones. Recuerdo también que al cruzarme en el camino con alguna cuadrilla de chicos solitarios tal que la nuestra hasta ese día, advertía reflejado en sus rostros cenicientos el tedio de otra tarde perdida y en sus miradas hacia nosotros una envidia pesarosa. Era como si viendo sus caras reconociese nuestras propias caras de semanas anteriores.

Los sábados pasaron, pasaron los domingos y, sin embargo, seguía sin ocurrir nada. Parecíamos un desperdigado rebaño de ovejas, a pesar de que por nuestra parte cada uno ya le había echado el ojo a la suya. Yo lancé mis redes a una morenita guapetona (cuyo nombre se desintegró en mi memoria con el tiempo) de risa pronta y culo opulento y respingón, a la que procuraba no dejar ni a sol ni a sombra.

Ése fue nuestro tema recurrente de conversación durante los recreos de toda una semana. "Sí, mucha palabrería y mucho chiste, pero nada de nada. Son unas calientapollas". "Este sábado, sin falta, se lo comentamos, a ver qué dicen", dijimos los graciosos y los que nos reían las gracias.

En efecto, eso de componer un aséptico grupo de amigos y amigas que salían juntos para ir al cine o a una sala de juegos estaba muy bien, pero si queríamos ser consecuentes con nosotros mismos, íbamos a necesitar un avance en esas relaciones sin atisbos de pecado. Pasábamos últimamente mucho tiempo con ellas, pero inmersos en una especie de marasmo involuntario que nos mantenía atribulados de nuevo. Era comprensible, una vez que habíamos cazado (o nos habían cazado), que ansiáramos degustar dicha caza (o ser degustados).

Por aquel entonces aún no sabíamos que en la compleja estrategia del amor/sexo casi siempre (el casi para una exclusiva minoría de privilegiados) suele ser la mujer quien seduce o elige al hombre, aunque siempre envuelto hábilmente con la ilusión y el disimulo de la magia: así, consigue que veamos una cosa (que seducimos) cuando la realidad es otra bien distinta (estamos siendo seducidos).

Y vaya si las pusimos entre la espada y la pared. Nos escucharon sin decir ni pío mientras les exponíamos sin rodeos nuestras verdaderas pretensiones. Llegamos al extremo de decirles que renunciaríamos a los dictados de nuestros corazones para aceptar encantados sus criterios en la elección de pareja (aunque, cinismos aparte, mejor decir los dictados de unos labios, un culo o unos pechos determinados de antemano, porque, entre tú y yo, amor amor, enamoramiento, no existía). En suma, que tanto nos daba una que otra para la satisfacción de nuestros fines, pues se trataba de un grupo de chavalas muy homogéneo en cuanto al atractivo físico. Si acaso sobresalía ligeramente una rubia natural de ojos verdes, pechos maternos y carácter afable con la que Fortu (me dice que aún no ha olvidado su nombre: Ruth) se explayaba más de la cuenta. Muy

seriamente, las apremiamos a que nos emitieran un dictamen al respecto, por lo que les concedimos un día de plazo para que se lo pensaran y nos comunicasen cuáles eran sus decisiones.

Al día siguiente, a eso de las cinco y media, nos acercamos a su barrio. Cuando llegamos al lugar convenido, ellas llevaban esperándonos un buen rato.

Durante el trayecto, más entusiasmados y exultantes que nunca (sí, nos frotábamos las manos por la posibilidad de que el primer beso como mandaban los cánones estuviese a la vuelta de la esquina), hicimos nuestras cábalas, cerramos celebraciones, cruzamos apuestas.

“Lo sentimos, chicos, pero hay un problema”, fue lo primero que nos dijeron al llegar.

Con el fluir de los años he olvidado algunos detalles de esta historia, pero jamás el olvido pudo arrancarme de la memoria esas siete palabras que, ordenadas pertinentemente, nos anunciaron una tragedia impertinente: “Lo sentimos, chicos, pero hay un problema”.

-¿Qué problema?- preguntó Raúl en alto; la pregunta que todos nosotros nos formulamos simultáneamente.

-Es que a todas nos gusta el mismo tío.

Silencio. Un silencio dilatado. No uno, pasó un batallón de ángeles. Se formó un silencio frío y deletéreo como en el interior de un depósito de cadáveres; un silencio tenso y apocalíptico como el que sucede a una devastadora tempestad. Se secaron nuestras bocas, nuestras palpitations se aceleraron.

-¿Cómo dices?- pude preguntar, incrédulo.

-Eso, que a todas nos gusta el mismo tío.

-¿Quién?- se atrevió a preguntar Berto con un hilo de voz. Pregunta irremediable que todos nos hicimos simultáneamente.

Antes de que respondiese nadie, nos vi como cinco afligidos reos que aguardaban trémulos cuatro irrevocables e injustas sentencias de pena capital. Sólo uno se salvaba de aquel impensado descalabro erótico afectivo. Sólo uno se salvaba: el elegido por el tribunal inclemente de aquellas cinco chicas, cinco, de gusto sentimental tan jodidamente unánime como arbitrario.

-Él... Fortu- dijo contrariada y señalando a mi amigo una de ellas, la rubia

natural de ojos verdes, pechos maternales y carácter afable, Ruth.

Me queda el grato recuerdo de la jeta de Fortu cuando nueve pares de ojos le asaetearon por diferentes motivos.

Recuerdo también cómo nos sentíamos los cinco de regreso a nuestra casa, bajo una lluvia de chubasco nocturno, sin facultad para acatar del todo aquel infortunio y con nuestro pequeño orgullo agujereado como un colador. Bajo una lluvia de chubasco nocturno los cinco juntos, sí, pues Fortu, a pesar de su triunfo clamoroso, no sé si acomplejado por el agravio comparativo, por la envergadura de sus dudas o a causa de una solidaria adhesión a sus camaradas abatidos, se vino con nosotros y finalmente no salió con ninguna de aquellas cinco chicas, cinco, a las que ya no volvimos a ver y a las que, por supuesto, no besamos como mandaban los cánones.

Más adelante Fortu conoció a Noelia, de la que se enamoró hasta la médula y con la que se terminó casando tras un larguísimo noviazgo. Según el personal saber y entender de Fortu, eso de las mujeres, el amor y sus impredecibles consecuencias, lo llevamos cada uno de nosotros escrito en las estrellas con un jeroglífico.

Sentados a una mesa nos bebemos unas cañas y, al observar su rostro, compruebo con admirado asombro que un cuarto de siglo después mi amigo apenas si ha cambiado. El muy suertudo pertenece a esa clase de personas cuyo físico, por no sé qué milagrosos cuidados o benevolencia genética, se mantiene prácticamente inalterable por más que haya pasado el tiempo. Luego nos mentimos un poco el uno al otro (“Qué envidia me da la vida que llevas, cabronazo”) y, por no perder la costumbre, le vuelvo a mencionar la infeliz historia de aquellas cinco chicas, cinco.